EL ALCALDE EN HAWAII

Por Arturo Morales Carrión

Don Carlos Romero Barceló fue elegido en el 1968 -si la memoria no me falla-, para dirigir una nueva administración municipal en San Juan. No fue elegido por el electorado del país para cambiar la política de Fomento, base de nuestra ~~ilustración~~ industrialización. Y mucho menos fue elegido por el pueblo de Puerto Rico para modificar las relaciones federales con los Estados Unidos.

Pero el marco de San Juan le resulta chico al Alcalde, y su interés no es atender a los mil y uno rompecabezas de la vida en la urbe metropolitana, hazaña que a cualquier mortal corriente le tomaría sus 24 horas diarias. Don Carlos, a los tres años escasos de ocupar la poltrona municipal, aspira nada menos que a dictar los rumbos económicos y políticos del país: a Fomento, quitarle la exención contributiva, y en cuanto al "status", zampar al pueblo de cabeza en el remolino de la estadidad y mientras más pronto mejor, con o sin industrias, ¿qué más da?

Don Carlos ha entrado como un toro bravo en el ruedo político puertorriqueño. Al torerillo amable y cordial, de maneras finas, Don Justo Méndez, lo voló por el aire y no le dejo hueso sano a su cuadrilla. A los líderes ingenuos de Ciudad Modelo, los ha dejado en la calle y sin llavín. Brama el Alcalde y tiembla hasta el morador de La Fortaleza, que no sabe si aplaudir, sonreir o enojarse.

Pero a este toro bravo parece que le clavaron unas banderillas en Hawaii. Sin encomendarse ni a Dios ni al diablo; y mucho menos sin encomendarse al pueblo de Puerto Rico, Don Carlos ha ido allá a pedir que sus colegas apoyen el voto presidencial para la isla.

Fue por lana y salió trasquilado. Bramó y lo amansaron. Disparó y le salió el tiro por la culata. ¡Los colegas le dijeron nonines!

¿Aprenderá la lección nuestro tozudo Alcalde? ¿Entenderá que la primera responsabilidad de todo político en nuestra democracia es buscar el mandato popular, convencer tierra adentro y no cabildear mar afuera? ¿Recordará la suprema sabiduría de nuestro refranero cuando afirma aquello de "zapatero, a tus zapatos."?

Pero seríamos injustos si viésemos en esta actuación, un traspiés morrocotudo y peculiar de nuestro corpulento Don Carlos. ¿No sigue Don Carlos los pasos de ballet en perpetuo movimiento geográfico a que se dedica el Gobernador? Si este último va con su pedi- ~~güeñería~~ güeñería política a los Gobernadores estaduales ¿por qué negarle a Don Carlos el derecho de hacer otro tanto con su gremio? ¿Y si el Gobernador "liderea" -como dicen los cubanos- a Wallace y a su grupo del Sur , ¿por qué Don Carlos no va a ser el batutero de los alcaldes y a tratar de conseguir que éstos nos traigan por la cocina y el fogón el voto presidencial, la estadidad y los impuestos federales?

Hubo un tiempo en que creíamos con cierta ingenuidad que antes de ir con reclamaciones a Estados Unidos, haríamos siempre la consulta al pueblo, le tomaríamos su parecer, le pediríamos su mandato. Pero no; ahora resulta que según Don Carlos, hay que pedírselo al Alcalde de Topeka, o al de Wichita o al de Kalamazoo.

¿No sería mejor que Alcalde y Gobernador cesaran en tantos peregrinajes y se volviesen a casita, y sin ruidos ~~ruidos~~ ni alharacas, sin fotografías y titulares, en vez de importunar con tanta pedigüeñería oficiosa en reuniones, nos ayudaran a impedir más apagones, a mejorar los servicios públicos, a dirimir las querellas la-

borales, a reabrir las fábricas, a atender a los trabajadores, a emplear a los campesinos, a atajar la delincuencia, a mejorar la instrucción pública, a propiciar que conversemos unos con otros, y logremos un acuerdo sobre nuestro porvenir? ¿No sería mejor que la Nueva Vida se convirtiera en la Vida Buena, en la Vida Laboriosa, en la Vida en Convivencia? ¿Una vida, en fin, con más trato y menos retrato; más hazaña y menos campaña; más fe y menos ballet? ¿No sería esto mejor?

Arturo Morales Carrión.